

La ética del cuidar

En sociedades moralmente plurales, multiculturales y tan cambiantes, cuidar requiere más que buena voluntad y actuar en conciencia, requiere también *ética y ciencia*. En efecto, más allá de las costumbres y hábitos (morales), de los valores tradicionales, hay que practicar la reflexión crítico-racional que es la ética: no se trata sólo del qué hacer, sino del por qué, cómo hacerlo, y de evaluar lo que se hace desde la reflexión. Pero también hay ciencia: cuidar requiere técnicas y competencias que deben tener los profesionales y los cuidadores familiares si no quieren ser, aunque benevolentes, negligentes.

El cuidar supone siempre una relación interpersonal que se dificulta al tener que conciliar cinco éticas:

- la cívica, de dignidad, justicia y respeto (que es mirada atenta);
- la profesional del que es experto en una materia (enfermería, geriatría, auxiliar de enfermería, terapeuta...);
- la ética de la persona atendida;
- la de la persona del profesional que, con frecuencia también es la cara visible;
- de una organización (residencia, hospitales, etc.) a la que representa. No es tarea fácil conciliar justicia, calidad de vida y calidad del cuidar, pero hay que hacerlo si uno quiere hacerlo bien.

¿Qué significa así cuidar bien? Entre otras cosas, que la atención no sea infantilizante, ni creadora de más dependencia, sino empoderadora y *promotora de autonomía* (en la medida de lo posible); que la *persona atendida sea el centro de las atenciones* y, por consiguiente, pueda participar en su “administración y gestión”: son éstas las que se adecuan a la persona, no la persona a la organización. Una persona necesitada de cuidado es vulnerable, por eso el objeto de atención no es sólo las técnicas y los fármacos sino la vivencia de todo, es decir, hay que ser cuidadosos en la gestión de la diferencia personal, de la vivencia de la intimidad, en la interpretación que hace de la atención (si la intimida, la violenta o la hace sentir bien, entendida y bien atendida).

Y por eso hay que esquivar el riesgo de someterla a la *tiranía de la salud*, al convertir la salud en el valor principal: ¿se quiere vivir por cualquier valor y precio, a toda costa? Cuidar pide compasión, empatía (no piedad), y estar dispuestos a pedir *permiso y perdón*, porque nos equivocaremos (es inherente a la condición humana, finita!). Y por eso tenemos que estar dispuestos a la *humildad* y al aprendizaje que ésta y los errores pueden proporcionar. Así

pues, no sólo hay que cuidar, sino evaluar la calidad de los servicios dados y relaciones a partir de ellos generadas, pero desde la perspectiva de los afectados (la persona atendida y su entorno familiar que la conoce).

Desde la ética cívica es necesario explicitar que hay un *derecho a ser cuidado*: ¡No es vergonzosa la situación de dependencia! Nuestra sociedad individualista y prepotentemente autosuficiente concibe la enfermedad, la vulnerabilidad, el no funcionamiento “eficiente, normal”, como cargas pesadas y, a menudo, abordarlo con esta *mentalidad* aumentan el dolor de los que ya están mal, casi haciendo que se sientan culpables por estar como están y haciéndonos estar pendientes de ellos.

La calidad del cuidado dice mucho de la calidad moral y ética de una sociedad: es inherente a esta ética dar razones para vivir, para “perseverar en el ser”, y si es al final de la vida, para estar agradecidos de haber vivido, y en un entorno adecuado, *ajustado*. Seguramente no se está bien al *saberse* enfermo y/o limitado en la funcionalidad deseada, pero la buena atención nos hace sentir bien por cómo somos tratados (más allá del trato), cuidados, conocidos y reconocidos como personas dignas.

En el cuidado entran en juego muchos de los valores *intangibles*, y es aquí donde tenemos que hacer fuerte lo de que no todo lo que se cuenta y contabiliza, *cuenta de verdad*, ni a menudo lo que de verdad puede/quiere ser contabilizado. Porque nos pueden/podemos obligar a cuidar, pero no se puede obligar a *querer* cuidar. Y cuando esto ocurre, cuando uno no quiere cuidar, hay que recuperar las razones por las que deberíamos quererlo: hay alguien que sufre, que necesita de los demás, y nada humano nos puede ser indiferente.

Begoña Román Maestre
Profesora de la Facultad de Filosofía de la UB
Presidenta del *Comitè d'Ètica de Serveis Socials de Catalunya*